

— Que me recomiendo á vuestra sagacidad para reconocer á los dos extranjeros y á vuestra cortesía para recibir graciosamente á los recomendados de Mr. Thompson ; hé aquí, señora, todo lo que tenía que deciros.

— Contad conmigo, caballero, dijo sonriendo Mad. de Marande.

— Gracias. Permitidme ahora, que os presente mis cumplimientos. Sois bella siempre, señora ; pero estáis esta noche encantadora.

Y besando galantemente la mano de su mujer, Mr. de Marande la condujo hasta la puerta del tocador, donde Mad. de Marande, levantando la cortina, dijo :

— Cuando gustes, Carmelita.

## CAPÍTULO XII.

### CARMELITA.

En el momento en que Mad. de Marande pronunciaba estas palabras : « Cuando gustes, » entrando en el cuarto-tocador y dejando caer detrás de ella la cortina, anunciaban en la puerta del salón :

— Monseñor Coletti.

Aprovechemos algunos momentos que Carmelita tardará en presentarse, para dirigir una rápida ojeada sobre el monseñor Coletti que han anunciado, y que acaba de hacer su entrada en el salón.

Nuestros lectores recordarán tal vez que han oído pronunciar este nombre á Mad. de la Tournelle.

En efecto, monseñor Coletti era el confesor de la marquesa.

Monseñor Coletti era, en 1827, no sólo un hombre afamado, sino un hombre en moda y de algún favor.

Los sermones que había predicado durante la Cuaresma, le habían granjeado fama de gran predicador, que nadie, por poco voto que fuese, se cuidaba de disputarle excepto Juan Robert, tal vez, que poeta antes que todo, y mirándolo todo como poeta, se admiraba siempre de que los sacerdotes teniendo un tan soberbio texto como el Evangelio, estuviesen de ordinario tan mal inspirados, tan poco elocuentes.

Parecióle á él que luchaba, y que luchaba victoriosamente contra un auditorio algo más rebelde que el que va á edificarse con las santas conferencias : parecióle á él que hubiese tenido, si hubiese subido al púlpito, una voz más persuasiva, más tonante que todas esas voces almiradas de esos mundanos prelados, á quienes iba acaso por casualidad á oír alguna vez.

Entonces sentía no ser sacerdote, no tener un púlpito en vez de un teatro, y cristianos oyendo en vez de espectadores profanos.

Aunque sus finas medias de seda y todo su traje de color de violeta revelaban un dignatario de la Iglesia, podíase, á primera vista, tomar á monseñor Coletti por un simple abate del tiempo de Luis XV, pues su rostro, apostura, aire y talante, más bien parecían ser los de un asiduo rondador de salones y tocadores, que no un rígido prelado, predicando la abstinencia en la Cuaresma.

Hubiérase dicho, que después de dormirse como Epiménides durante medio siglo en el gabinete de Mad. de Pompadour ó de Mad. Dubarry, monseñor Coletti se había

despertado de pronto y se había lanzado al mundo, sin informarse de los cambios que habían sobrevenido en las costumbres, en los trajes, ó bien que acabado de llegar de la corte pontificia, se había descolgado en medio de una reunión francesa con su traje de abate ultramontano.

Á primera vista era un lindo prelado, en toda la acepción de la palabra; rosado, fresco, representando apenas treinta y seis años. Pero mirándole más de cerca, notábase que monseñor Coletti tenía particular cuidado con su rostro, y adolecía de la debilidad que tienen las mujeres que han llegado ya á los cuarenta y cinco años y no quieren aparentar más que treinta.

Monseñor Coletti se pintaba; es decir, se llenaba de albayalde y de colorete.

Cuando se llegaba á atravesar esta capa de mampostería y se llegaba á la piel, causaba repugnancia y temor encontrar, bajo una apariencia animada, cierta cosa mórbida y helada que daba frío.

Sin embargo, dos cosas vivían bajo aquel rostro, inmóvil como una máscara de cera:

Los ojos y la boca.

Los ojos, pequeños, negros y profundos, lanzando rápidos relámpagos, amenazadores á veces, pero velándose en seguida bajo un párpado hipócrita y beato.

La boca pequeña, fina, con su labio inferior burlón, espiritual, sarcástico, malo, malo en algunos momentos, como una víbora.

El conjunto de esta fisonomía podía á veces revelar talento, ambición, lujuria; pero nunca bondad. Á primera vista, conociase que había interés en no tener á este hombre por enemigo; pero ninguno sentía, desde el punto de vista de la simpatía, el deseo de tener en él un amigo.

Sin ser alto, era, como dicen las gentes del campo, un hombre de iglesia y de buena presencia.

Uníase á esto cierto aire eminentemente altivo, desdeñoso é impertinente en su modo de llevar la cabeza, de saludar á los hombres, de entrar en un salón, de salir de él, de levantarse y de sentarse.

En revancha, parecía guardar las más delicadas flores de su cortesía para las mujeres.

Guiñaba los ojos al mirarlas de manera muy significativa, y su rostro tomaba, cuando la mujer á la cual se dirigía le agradaba, una indefinible expresión de lujuriosa dulzura.

Así fué, pues, guiñando los ojos, como entró en el salón, en ese salón que se podía llamar de mujeres, en tanto que el general, que le conocía hacía ya mucho tiempo, murmuraba entre dientes al oírle anunciar:

— Entrad, monseñor Tartufo.

El anuncio, la entrada, saludo, la duda de monseñor Coletti al sentarse, la especie de importancia que á su nombre daba el recuerdo de los sermones de la última Cuaresma, habían distraído por un momento la atención de Carmelita; y decimos por un instante, porque sólo había transcurrido un momento entre caer la cortina por donde había desaparecido Mad. de Marande, y el volver ésta á la ventana para dar paso á las dos amigas.

Era imposible ver un contraste más notable que el que existía entre Mad. de Marande y Carmelita.

Pero, ¿era ésta Carmelita?

Sí, era ella; pero no la Carmelita cuyo retrato hemos copiado en la monografía de la rosa; no la Carmelita de rosadas mejillas, de tez brillante, de frente deslumbradora, de candor y de inocencia; no la Carmelita de pur-

purinos labios, de nariz dilatada para aspirar el perfume del campo y de las flores que se extendían bajo sus ventanas, y embalsamaban el sepulcro de la Valliere.

No: la Carmelita nueva era una mujer joven, cuyos cabellos negros caían siempre descuidadamente y con el mismo lujo sobre sus espaldas; pero las espaldas eran de mármol.

Era la misma frente, alta, despejada, inteligente; pero su frente era de marfil.

Eran las mismas mejillas teñidas en otro tiempo con los rosados matices de la juventud y de la salud, hoy pálidas, descoloridas y de un extraño mate.

Los ojos, sobre todo, ya tan grandes y tan hermosos, parecían haber crecido una mitad más.

Lanzaban siempre llamas; pero las chispas se habían convertido en relámpagos, y el círculo violado que los envolvía, hacía que estos relámpagos pareciesen salir de una nube tempestuosa.

Después, sus labios, en otro tiempo de púrpura, sus labios, que después de su asfixia habían tardado tanto en volver á la vida, no habían podido recobrar su primitivo color; sólo habían conseguido, con gran trabajo, recobrar el pálido tinte del coral rosa.

Pero es preciso decir, por esto mismo, que completaban maravillosamente ese singular conjunto que hacía siempre de Carmelita una beldad de primer orden, pero que daba un tinte fantástico á aquella belleza.

Estaba sencilla, pero adorablemente vestida.

Obligada por las tres hermanas á venir á la *soirée* de Lydia, pero aun más, arrastrada por su resolución de hacerse pronto independiente, la cuestión del traje y adorno con que se presentaría, fué largo tiempo debatida.

Inútil es decir que Carmelita no tomó parte en el debate.

Había desde luego declarado que era la viuda de Colombán, cuyo luto llevaría toda la vida, y que no iría más que con traje negro.

Sin embargo, el corte y adornos de este traje quedaba á la libre elección de Fresolina, Lydia y Regina.

Regina decidió que el traje sería de encaje negro, sobre cuerpo y falda de raso negro también, y que tendría por todo adorno una guirnalda de esa flor obscura y violada, emblema de tristeza, que se llama la ancolia.

Las flores estarían entremezcladas con ramas de ciprés.

La corona tejida por Fresolina, la más sabia de las tres en ese hábil casamiento de las flores, en esa inteligente fusión de los matices, se componía, como la guirnalda de la falda, como el *bouquet* del pecho, de ramas de ciprés y de flores de ancolia.

Un collar de perlas negras, precioso y rico regalo de Regina, ceñía su cuello.

Cuando Carmelita apareció de este modo adornada en la puerta del tocador de Mad. de Marande, los que esperaban verla, pero no verla así, arrojaron un grito, mezcla de admiración y de terror.

Hubiérase dicho que era una aparición antigua: la Norma ó Medea.

Un estremecimiento general recorrió la sala.

El viejo general, por más escéptico que fuese, comprendió que había allí alguna cosa de santo, como la abnegación ciega; de grande y sublime, como el martirio.

Se levantó y esperó.

Por su parte, Regina, en cuanto Carmelita apareció, corrió hacia ella.

El espléndido espectro se adelantó entre las dos jóvenes, radiantes de vida y felicidad.

Todo el mundo seguía con la vista al silencioso grupo, con tal curiosidad, que tocaba en emoción.

— ¡ Qué pálida estás, pobre hermana mía ! dijo Regina.

— ¡ Oh ! Carmelita, ¡ qué hermosa estás ! dijo Mad. de Marande.

— He cedido á vuestras instancias, queridas mías, dijo la joven ; pero, en verdad, que puesto que todavía es tiempo, tal vez deberíais decirme que no siguiera adelante.

— ¿ Por qué ?

— Ya sabéis que no he abierto un piano desde que cantamos juntos nuestro *Adiós á la vida*. ¡ Si me faltase la voz ! ; si lo hubiese olvidado todo !...

— No se olvida lo que se ha aprendido bien, Carmelita, dijo Regina. Tú cantabas como los pájaros ; ¿ acaso los pájaros olvidan su canto ?

— Regina tiene razón, replicó Mad. de Marande, y estoy segura de ti, como en tu interior lo estás tú misma. Canta, pues, sin miedo, amada mía ; nunca artista alguna, yo te respondo de ello, habrá tenido para escucharla un auditorio, ni más simpático, ni más indulgente.

— ¡ Oh ! cantad, cantad, señora, dijeron todas las voces, á excepción de las de Susana y de Loredán, las del hermano y la hermana que miraban el primero con sorpresa, la segunda con envidia, esta sombría pero espléndida beldad.

Carmelita dió las gracias con una inclinación de cabeza, y continuó su camino hacia el piano y hacia el conde Herbel.

Este se adelantó dos pasos y saludó.

— Señor conde, dijo Mad. de Marande, tengo el honor

de presentaros á mi más querida amiga, porque de mis tres amigas, es también la más desgraciada.

El general saludó segunda vez con una cortesía digna de los buenos tiempos de las antiguas cortes.

— Señorita, dijo, siento que Mad. de Marande no me haya encargado de más difícil trabajo que el de publicar vuestras alabanzas : creed que lo desempeñaré cuanto mejor me sea posible, y que aun todavía me consideraré como deudor vuestro.

— ¡ Oh ! cantad, cantad, señora, murmuraron algunas voces en tono de súplica.

— Ya ves, querida hermana, dijo Mad. de Marande, que todo el mundo espera con impaciencia oírte. ¿ Vas á empezar ?

— En el momento, si así lo desean, respondió sencillamente Carmelita.

— ¿ Qué vas á cantar ? preguntó Regina.

— Escógelo tú misma.

— ¿ No tienes preferencia ?...

— Ninguna.

— Tengo aquí todo el *Otello*.

— Pues vaya por el *Otello*.

— ¿ Te acompañas tú misma ? preguntó Mad. de Marande.

— ¡ Cuando no hay más remedio !... respondió Carmelita.

— Yo te acompañaré, dijo con viveza Regina.

— Y yo volveré las hojas, dijo Lydia. Entre nosotras dos no tendrás miedo.

— No tendré miedo... dijo Carmelita sacudiendo melancólicamente la cabeza.

En efecto, la joven estaba enteramente tranquila. Colocó

su mano, inmóvil y fría, sobre la mano de Mad. de Marande. Su frente expresaba la más inefable serenidad.

Mad. de Marande se dirigió hacia el piano, y en medio de las partituras que estaban allí apiladas, tomó la del *Otello*.

Carmelita permaneció en pie apoyada en el brazo de Regina, casi en medio del gabinete.

Todo el mundo se había sentado y aguardó atentamente.

Mad. de Marande colocó la partitura en el atril del piano, en tanto que Regina, avanzando á su vez, se sentó y recorrió el teclado, produciendo un brillante preludio.

— ¿Quieres cantar la *romanza del Sauce*? preguntó Mad. de Marande.

— Lo que gustes, respondió Carmelita.

Mad. de Marande abrió la partitura por la penúltima escena del último acto.

Regina se volvió hacia Carmelita, con las manos extendidas sobre el teclado y pronta á empezar.

En este momento, un criado anunció:

— Mr. y Mad. Camila de Rozán.

### CAPÍTULO XIII.

#### LA ROMANZA DEL SAUCE.

Un largo, sordo y prolongado suspiro partió de tres ó cuatro sitios de la sala, al oír este anuncio.

Un profundo silencio sucedió á esta exclamación de dolor.

Hubiérase dicho que todos los presentes conocían la his-

toria de Carmelita, y que el terror había arrancado de su alma ese doloroso gemido que no habían podido contener, al oír anunciar, y al ver de pronto aparecer, con los ojos brillantes, la sonrisa en los labios, y la indiferencia en la frente, á ese joven á quien en cierto modo podía mirarse como asesino de Colombán.

Este suspiro había sido lanzado á la vez por Juan Robert, por Petrus, por Regina y por Mad. de Marande.

En cuanto á Carmelita, no sólo no había gritado ni suspirado, sino que se había quedado sin voz y sin aliento, inmóvil como una estatua.

Sólo Mr. de Marande, que acababa de oír y reconocer el nombre olvidado por él, se adelantó hacia la joven pareja que le había sido anunciada por su corresponsal de Nueva Orleans, diciendo:

— Llegáis á tiempo, Mr. de Rozán. Si queréis sentaros y escuchar, vais á oír, según asegura Mad. de Marande, mi esposa, la más bella voz que hayáis nunca escuchado.

Y ofreciendo el brazo á Mad. de Rozán, la condujo á un asiento, en tanto que Camilo buscaba en el espectro que tenía ante los ojos, cierta semejanza con Carmelita, y que lanzaba, al reconocerla, un débil grito de admiración.

Las dos jóvenes, Lydia y Regina, se habían lanzado hacia su amiga, creyendo que tendría necesidad de socorro, y esperando, en el estado de debilidad en que se encontraba, verla desmayarse en sus brazos.

Pero con grande admiración suya, Carmelita permaneció en pie, con la vista fija: sólo que su tez, de pálida, se había convertido en livida.

Aquellos ojos, fijos, inmóviles, sin expresión, sin vida aparente, parecían no mirar nada. Su corazón parecía no latir, y el cuerpo parecía súbitamente petrificado.

Era horrible el verla así; tanto más horrible, cuanto que además de aquella espantosa lividez, su rostro no revelaba ninguna emoción.

— Señora, dijo Mr. de Marande acercándose á su mujer, estas dos son las personas de quienes antes he tenido el honor de hablaros.

— Ocupaos de ellas, os lo suplico, dijo Mad. de Marande; tengo que cuidar á Carmelita: ya veis en el estado en que está.

En efecto, aquella palidez, aquella mirada atónita, aquella inmovilidad escultural, llamaron la atención de Mr. de Marande.

— ¡Oh, Dios mío! señorita, dijo con el acento del más vivo interés, ¿qué tenéis, qué os pasa?

— Nada, caballero, dijo Carmelita levantando la cabeza con ese movimiento que hace un corazón fuerte para mirar de frente la desgracia: nada.

— No cantes, no cantes esta noche, murmuró sordamente Regina al oído de Carmelita.

— ¿Y por qué no he de cantar? preguntó Carmelita.

— El combate es superior á tus fuerzas, dijo Lydia.

— Vas á verlo, respondió Carmelita.

Y una cosa, como el pálido reflejo de la sonrisa de un muerto, se dibujó en los labios de Carmelita.

— Puesto que lo quieres, dijo Regina volviendo á ponerse al piano.

— No es la mujer la que va á cantar, Regina, dijo la joven: es la artista.

Y Carmelita dió los tres pasos que la separaban del piano.

— Que Dios nos ayude, dijo Mr. de Marande.

Regina preludivió por segunda vez.

Carmelita empezó:

Assisa al piè d'un salice.

Su voz estaba firme, era segura, y si desde el segundo verso una profunda emoción se apoderó de todos los oyentes, esta emoción era más bien resultado del dolor de Desdemona, que del sufrimiento de Carmelita.

Hubiera sido difícil escoger un canto más apropiado al dolor de la joven. Los mortales temores que acababan de asaltar el corazón de Desdemona, cuando canta la primera estrofa á la esclava africana, su nodriza, eran en cierto modo la fórmula de las angustias que torturaban su propio corazón.

La tempestad que ruge sobre el palacio que habita; el viento que rompe un cristal de la ventana gótica de su cuarto; el trueno, cuyo fragor resuena á lo lejos tristemente; la oscura noche, la lámpara que vacila tristemente, todo, en esa funesta velada, hasta los melancólicos versos del Dante, que canta á lo lejos un gondolero al pasar en su barca;

Nessun maggior dolore  
Che ricordarsi del tempo felice  
Nella miseria.

Todo sume á la pobre Desdemona en la más profunda desesperación. El tempestuoso viento, el trueno sordo y bramador, aquella melancólica canción, todo es un presagio funesto, todo es siniestro augurio.

El canto de la estatua en el *Don Juan* de Mozart, la desesperación de la pobre Doña Ana cuando choca con el cadáver de su padre, son tal vez las dos únicas situaciones que se puedan comparar con esta terrible escena de sentimiento.

Ninguna música, lo repetimos, era más propia para formular los dolores de Carmelita que la del gran maestro italiano.

Ese Colombán, valiente, leal y fuerte, cuyo luto llevaba en su corazón, era, en cierto modo, el sombrío y leal africano, enamorado de Desdemona.

Ese siniestro Yago, ese amigo infame que vierte en el corazón de Otello el veneno de los celos, era también en proporción ese americano frívolo, que había hecho con su ligereza tanto daño como Yago lo había hecho con su odio.

Pues bien, esta situación era en la que se encontraba Carmelita al volver á ver á Camilo, y esta romanza, que con tal expresión y firmeza á la vez cantaba; esa romanza era un martirio continuo, y cada nota se hundía en su corazón fría y dolorosa, como el hierro de un puñal.

Desde la primera estrofa, todo el mundo aplaudía con verdadero entusiasmo, con el que excita todo talento nuevo en un público que no se halla interesado en lanzar un juicio falso ó apasionado.

La segunda estrofa :

I ruscelletti limpidi  
a caldi suoi sospiri,

llenó de admiración á los oyentes. No era una mujer, no era una cantatriz la que hacía brotar de sus labios aquel torrente de quejas : era el dolor mismo quien cantaba :

El estribillo sobre todo :

L'aura fra i rami flebili  
ripetiva il suon,

fué dicho con tal melancolía, que todo el desesperado poema de la joven debió pasar en aquel momento ante los

ojos de los que la conocían, como pasaba efectivamente delante de los suyos.

Regina se había puesto casi tan pálida como Carmelita : Lydia lloraba.

En efecto, jamás voz más simpática en esta época, en que tantas eminentes cantatrices : la Pasta, la Pizaroni, la Mainvielle, la Catalani, la Malibrán, encantaban á su auditorio ; jamás timbre tan simpático conmovió el corazón de los *dilettanti*, en esa bella lengua italiana, que es casi música por sí sola.

Pero permitasenos decir en algunas líneas para los que han conocido las grandes artistas que acabamos de nombrar, permitasenos decir en qué se diferenciaba de las suyas la voz de Carmelita.

La voz de Carmelita tenía naturalmente una extensión extraordinaria. Daba el *sol* grave con la misma facilidad y sonoridad con que la Pasta daba el *la*, y partiendo de aquí, subía hasta *re* agudo. Podía, pues, cantar, este era el verdadero milagro de su voz, los papeles de contralto lo mismo que los de soprano.

Efectivamente, ninguna voz de soprano era más pura, más rica, más brillante, más adecuada para las vocalizaciones, para los *gorgheggi*, si nos es permitido servirnos de esta palabra, empleada, especialmente en Nápoles, para designar la agilidad de la garganta, de que todo soprano que debuta, abusa á nuestro juicio dolorosamente.

En cuanto á la voz de contralto, era única. Todo el mundo conoce los efectos prodigiosos, magnéticos, por decirlo así, de la voz de contralto. Pinta el amor con más fuerza, la tristeza con más expresión, y el dolor con más energía que la voz de soprano.

Los sopranos cantan como los pájaros ; agradan, encan-

tan y admiran : los contraltos agitan, conmueven, apasionan.

La voz de soprano es una pura voz de mujer, y hay en ella ternura y dulzura.

La voz de contralto es una verdadera voz de hombre ; tiene la gravedad, la rudeza y la aspereza de la de éste.

Y sin embargo, es un timbre distinto, que participa de uno y otro, una voz hermafrodita.

Así que, estas voces se apoderan del alma de los espectadores con la rapidez de la fuerza, con la electricidad del magnetismo.

La voz de contralto es en cierto modo el eco de los sentimientos del auditorio.

Si el que escucha cantase, quisiera ciertamente cantar de aquella manera.

Tal era, pues, el efecto producido en el auditorio por la voz de Carmelita, dotada de una habilidad poco común, aunque puramente instintiva, porque conocía muy poco los métodos de los grandes cantantes en moda. Carmelita unía con una felicidad admirable la voz de pecho á la de cabeza.

La unión de estas dos voces era aparente, y un antiguo maestro se hubiera visto muy embarazado para decir cuántos años de estudios habían sido necesarios para combinar los maravillosos efectos de dos voces tan encontradas.

Carmelita, en efecto, como gran música que era y bajo la dirección de Colombán, había estudiado con tal aplicación y laboriosidad los primeros principios de la música, que ya no necesitaba más que dejarse ir para seducir y electrizar.

Su voz era magnífica y su gusto perfecto.

Habituada desde las primeras lecciones á la sobriedad de

la música alemana, hacía sólo un uso muy moderado de los *floriture* italianos, y sólo se servía de ellos para aumentar la expresión de un trozo ó para unir dos frases ; pero jamás como un adorno, ó como un alarde de agilidad.

Acabaremos este análisis del talento de Carmelita diciendo que, muy diferente en esto de las más eminentes cantantes de la época y aun de todos los tiempos, la misma nota, en dos situaciones diferentes, no tenia en ella el mismo sonido.

Y si alguno se admira de esto y nos tacha de exagerados, pretendiendo que ninguna cantatriz, habiendo tenido por maestros á Pórpura, Mozart, Pergolese, Weber, y aun al mismo Rossini, ha llegado á la perfección de esta doble voz, responderemos que Carmelita había tenido un maestro mucho más serio que los que acabamos de nombrar, y que este maestro se llama la desgracia.

Así que, el fin de la tercera estrofa fué acogido con un *bravo* unánime, un frenesí inexplicable.

Aun no se habían apagado las últimas notas, quejumbrosas y tristes como el mismo grito del dolor, cuando un diluvio de aplausos sucedió á las últimas vibraciones.

Nunca la cúpula de ese salón mundano había resonado con *bravos* más sonoros y prolongados. Cada cual se levantó como para ser el primero á cumplimentar y felicitar á la artista que acababa de entusiasmarles.

Era una verdadera fiesta, una unánime aprobación ; todo lo que la *furia francesa*, no olvidada del decoro, puede autorizar.

Precipitábanse hacia el piano, para ver más de cerca á aquella joven, bella como la Belleza, poderosa como la Fuerza, siniestra como la Desesperación.

Las viejas que la envidiaban su juventud, las jóvenes que la envidiaban su hermosura, todas las que envidiaban su incomparable talento, todos los que se decían que sería hasta una gloria el ser amado por semejante mujer, se acercaban á ella, la cogían las manos y se las estrechaban con cariño.

Y es que el arte, verdaderamente bello, verdaderamente grande, hace en un momento un amigo antiguo, del que pocos momentos antes no era más que un desconocido.

Mil invitaciones, como las flores futuras de su fama, cayeron y se esparcieron en derredor de Carmelita.

El anciano general, que se conocía, como ya hemos dicho, que no se conmovía fácilmente, sintió correr sus lágrimas.

Era la lluvia de la tempestad que había rugido en su corazón, al oír cantar á la sombría joven.

Juan Robert y Petrus se habían acercado instintivamente, y en el mudo apretón de manos que cambiaron, se habían dicho tácitamente su punzante emoción, su melancólico entusiasmo.

Si Carmelita les hubiera hecho una seña para vengarla, hubiéranse lanzado sobre aquel indiferente Camilo, que ignorante de cuanto había pasado, había oído á Carmelita con la sonrisa en los labios y el lente ante los ojos, gritando: ¡bravo! ¡bravo! ¡bravo! como si se hallase es una butaca de los Italianos.

Regina y Lydia, que habían comprendido toda la amargura y el dolor que la presencia del criollo había dado á la expresión de la voz de Carmelita; Regina y Lydia, que durante el tiempo en que había estado cantando su amiga, habían temido que el corazón de la cantante estallase; Regina no se atrevía á volverse; Lydia no osaba levantar la cabeza.

Estaban aterradas.

De pronto, un grito lanzado por los que rodeaban á Carmelita, las sacó de su estupor, y ambas á la vez, cada una por su lado, se lanzaron hacia ésta.

Carmelita, desde la última nota, pálida, fija, inmóvil, acababa de dejar caer hacia atrás su cabeza, y ella misma, vacilante, iba infaliblemente á caer sobre la alfombra, si dos brazos no la hubieran sostenido, y si una voz amiga no la hubiera dicho al oído:

— Valor, Carmelita, valor. Desde esta noche no necesitáis de nadie.

Antes de cerrar los ojos, Carmelita tuvo tiempo de reconocer á Ludovico, á ese cruel amigo que la había vuelto á la vida.

Lanzó el último suspiro, movió tristemente la cabeza, y se desmayó.

Solamente cuando sus ojos se hubieron cerrado, se vió brotar de ellos dos lágrimas que rodaron por sus marmóreas mejillas.

Las dos jóvenes la recibieron de los brazos de Ludovico, que había entrado cuando Carmelita estaba cantando, y que en consecuencia lo hizo sin ruido y sin ser anunciado, llegando á tiempo para sostenerla en su desmayo.

— Esto no es nada, dijo á las dos amigas; semejantes crisis, la hacen más bien que mal. Hacedla aspirar este frasco, y dentro de cinco minutos habrá vuelto en sí.

Las dos amigas, ayudadas por el general, llevaron á Carmelita al tocador de Lydia.

El general se detuvo en la puerta.

Ya fuera del salón Carmelita, y tranquilo el auditorio con algunas palabras de Ludovico, el entusiasmo, un mo-

mento contenido, volvió de nuevo á estallar por todas partes.

Y no fué más que un grito unánime de admiración.

#### CAPÍTULO XIV.

##### EN QUE CAMILO HALLA LA FORMA DE SU ZAPATO.

El desmayo de Carmelita, gracias á las seguridades dadas por Ludovico, de que el accidente no inspiraba temor alguno, interrumpió por algunos minutos solamente el placer que cada cual quería disfrutar aquella noche en casa de Mad. de Marande.

Pero antes de pasar á otra cosa, antes de responder á los primeros acordes de la orquesta, que resonaba ya en los salones, agotáronse todas las fórmulas y cumplimientos sobre el talento de la futura debutante. Cada cual prometió atraerla á su círculo particular, y poco después, cada cual también fué saliendo del gabinete, atraído hacia los salones por la música del baile.

El único episodio digno de ser contado que ocurrió durante este movimiento, y que referiremos, porque está unido naturalmente á este drama, fué el paso en vago dado por Camilo de Rozán, al dirigir aturdidamente la palabra á jóvenes que conocían á fondo la historia de Carmelita.

Mad. de Rozán, su mujer, linda criolla de quince años, había sido provisionalmente acogida por una viuda de origen criollo, que se declaró su parienta.

Camilo, viendo á su mujer, como suele decirse, en fa-

milia, se había aprovechado de esta circunstancia para convertirse en soltero.

Habiendo visto á Ludovico, su antiguo camarada, casi su amigo, y restablecida la calma después de la salida del gabinete de Carmelita, cuyo desmayo atribuyó solamente á la emoción, dirigióse hacia el joven doctor, con el vivo deseo de un extranjero recientemente llegado, que se encuentra con un antiguo conocimiento.

— ¡ Por Hipócrates ! exclamó tendiéndole la mano, ¿ es Mr. Ludovico ? buenas noches, Ludovico, ¿ cómo está Ludovico ?

— Mal, respondió con frialdad el joven médico.

— ¿ Mal ? repitió el criollo ; ¡ pardiez ! están brotando salud vuestras mejillas... tenéis el mes de Abril en la cara...

— ¿ Qué importa, caballero, si tengo el mes de Diciembre en el corazón ?

— ¿ Tenéis algún pesar ?

— Más que pesar ; dolor.

— ¿ Dolor ?

— Profundo, inmenso.

— Dios mío, mi querido Ludovico, ¿ habéis perdido algún pariente ?

— He perdido alguien más querido para mí que un pariente.

— ¿ Qué hay, pues, más caro que un pariente ?

— Un amigo, puesto que es más raro.

— ¿ Y lo conocía ?

— Mucho.

— ¿ Alguno de nuestros compañeros de colegio ?

— Sí.

— ¡ Ah ! ¡ pobre muchacho ! dijo Camilo con suprema indiferencia, ¿ y cómo se llamaba ?